



CAPÍTULO XIII.

DOBLE ATAQUE.

El duque de Vallombreuse no olvidaba ni su amor ni su venganza; y si odiaba de muerte á Sigognac, en cambio sentía por Isabel una de esas arrebatadas pasiones tanto más violentas en esas almas altivas é impetuosas acostumbradas á no hallar resistencia, cuantas más dificultades se oponen al logro de sus deseos.

Triunfar á toda costa de la actriz, hé aquí su pensamiento dominante.

Mal acostumbrado por las fáciles victorias que había conseguido en su vida de Tenorio, no acertaba á explicarse aquella derrota, y á menudo, á través de las conversaciones, en los paseos, en el teatro como en el templo, se encontraba en fin donde se encontrase, se decía, presa de súbita admiración en medio de su delirio: «¿En qué consiste que no me ama?»

En efecto, esto era difícil de comprender para quien no creía en la virtud de las mujeres, y ménos todavía en la de

las actrices; llegando el duque en su orgullo á alimentar la idea de que la frialdad de Isabel era sólo consecuencia de un plan premeditado para conseguir mayores ventajas, pues nada enciende el deseo como esas fingidas pudicidades y estudiadas apariencias de no haber en su vida roto un plato.

Sin embargo el desden con que la amante de Sigognac habia devuelto el cofrecito de alhajas colocado en su cuarto por Leonarda, probaba superabundantemente que la jóven no pertenecia al número de esas mujeres que regatean para venderse más caras. Adérezos todavía más ricos no hubieran surtido mejor efecto. Además, puesto que Isabel ni siquiera abria los estuches, ¿de qué servia que estos contuviesen perlas y diamantes capaces de tentar á una reina? El amor epistolar tampoco la hubiera conmovido, por muy elegante y apasionadamente que los secretarios del jóven duque hubiesen pintado la llama de su señor, pues la jóven devolvía las cartas sin tocarlas. Así es que prosa y verso, romances y sonetos no hubieran sido más que trabajo perdido.

Por otra parte, esos medios lánguidos, buenos para enamorados transidos, no se acomodaban al carácter emprendedor de Vallombreuse.

Este mandó á buscar á la señora Leonarda, con quien no habia cesado de sostener inteligencias secretas, pues siempre es bueno mantener un espía en la plaza, aun cuando esta sea inexpugnable. A veces la guarnicion abate sus bríos, y una poterna es pronto abierta, por la que se insinua el enemigo.

Leonarda, por una escalera secreta fué introducida en el gabinete particular del duque, donde éste no recibia más que á sus amigos íntimos y á sus servidores de confianza.

Era el gabinete una pieza de forma oblonga, revestida de una ensambladura á pilastras estriadas de orden jónico, cuyos intercolumnios los ocupaban medallones ovalados de gusto lujuriente y sobrecargado esculpidos en madera y aparentemente suspendidos de la cornisa por un alto relieve de

nudos de cintas y de emblemas amorosos de ingeniosa complicacion. Los mencionados medallones encerraban, bajo apariencias mitológicas, tales como Floras, Venus, Carites, Dianas, ninfas cazadoras y de las selvas, las entretenidas del jóven duque, en traje griego y exhibiendo quien una garganta alabastrina, quien una torneada pierna, mórvidas espaldas con un delicioso hoyo esta, aquella encantos todavía más misteriosos; pero con artificio tan sutil, que más que por retratos del natural, se hubieran tomado por cuadros hijos de la fantasía del artista.

Las más recatadas habian sin embargo pagado tambien su escote á aquella coleccion de pinturas debidas al pincel de Simon Vouet, célebre maestro de la época, creyendo hacer un favor especial y único y no imaginándose formar una galería.

El techo del gabinete era abovedado, y sus pinturas representaban un tocador de Venus. Mirábase la diosa con el rabo del ojo, despues de ataviada por sus ninfas, en un espejo sostenido por un desarrollado Cupido sin venda al cual el artista habia dado las facciones del duque, y en quien al parecer, se fijaba aquella más que en la límpida luna.

Papeleras incrustadas de piedras duras de Florencia, atestadas de billetes amorosos, de trenzas de cabellos, brazaletes, anillos y otros testimonios de pasiones echadas en el rincon del olvido; una mesa de lo mismo en la que sobre fondo de mármol negro se destacaban ramos de delicadas y pintadas flores, al rededor de los cuales revoloteaban mariposas con alas de pedrería; sillones de ébano de torneados piés, cubiertos de brocatel color de salmon con argentados ramajes; un tupido tapiz de Esmirna sobre el que quizás se habian sentado las sultanas, y traído de Constantinopla por el embajador de Francia, componian el mueblaje tan rico como voluptuoso de aquel aposento, que Vallombreuse de ordinario habitaba, y que preferia á los demás aparatosos de su palacio.

Hizo el duque con la mano una señal de condescendencia á Leonarda y le indicó un taburete para que en él tomase asiento.

La comedianta era el ideal de la dueña, y aquel lujo flamante y sibarítico hacia resaltar aun más su color de vieja cera amarilla y su repulsiva fealdad.

El traje negro que llevaba, adornado de azabache, y sus caídas tocas del mismo color, dábanle al primer golpe de vista un aspecto severo y respetable; pero la sonrisa equívoca que erizaba los manojitos de pelos que sombreaban las comisuras de sus labios, la mirada hipócritamente lujuriosa de sus ojos rodeados de negruzcas arrugas; la expresion baja, codiciosa y servil de su semblante, daban á conocer al punto que la señora Leonarda era una de esas arpías que lavan á las doncellas para el conventículo y cabalgan el sábado á horeajadas sobre un mango de escoba.

—Señora Leonarda,—dijo el duque rompiendo el silencio,—os he mandado á buscar porque me consta que sabeis mucho de achaque de amores por haber hecho fructuosa práctica en vuestras mocedades y servido en vuestra madurez, y para ponernos de acuerdo á fin de dar en los medios que alcancen á doblegar la esquivez de Isabel, y como antes que dueña habeis sido jóven, debeis estar al corriente de todas las maulerías.

—Sin embargo de que exagerais mis méritos,—respondió con ademan compungido la comedianta,—podeis, señor duque, tener la seguridad más íntima de que hago cuanto de mí depende por complaceros.

—No lo pongo en duda,—repuso Vallombreuse con abandono;—no obstante no adelanta mucho que digamos mi asunto. ¿Qué es de esa arisca beldad? ¿Continúa encaprichada con su Sigognac?

—Está en sus trece, señor,—replicó la dueña exhalando hondo suspiro;—la juventud tiene terquedades extravagantes que no tienen explicacion plausible. Por otra parte, Isa-

bel parece no ser amasada con igual barro que las demás. Ninguna tentacion hace presa en ella, y quépaos, señor duque, la seguridad de que en el Paraiso terrestre hubiese sido mujer para no prestar oidos á la serpiente.

—¿Cómo pues,—profirió el duque con exabrupto colérico,—ese condenado de Sigognac ha podido hacerse oír de esa oreja tan herméticamente cerrada á las palabras de los demás? ¿Posee acaso ese hidalguillo algun filtro, algun amuleto, algun talisman?

—Ninguno, señor; era desgraciado, y para esas almas tiernas, soñadoras y altivas, consolar es su mayor dicha; prefieren dar á recibir, y la piedad es en ellas la puerta por la que se introduce el amor.

—Contaisme cosas, señora Leonarda, que parecen del otro mundo,—exclamó el de Vallombreuse;—¿es decir que segun vos, el estar flaco, tener el aspecto mísero, macilento y ridículo, son razones para ser amado? ¿Pues no se reirian poco de semejante doctrina las damas de la corte!

—En efecto, por lo comun no acontece,—respondió la vieja,—y afortunadamente se ven pocas mujeres dar en tal extravagancia. El caso de vuestra merced es una excepcion.

—Mas hay para enloquecer de ira al pensar que ese hidalguillo navega con vientos prósperos por el mismo mar donde yo zozobro y que con su amante haga burla de mi descalabro.

—Vuestra merced puede ahorrarse este disgusto. Sigognac no disfruta de sus amores en el sentido que vuestra merced entiende. La virtud de Isabel se mantiene incólume. La ternura de esos perfectos amantes, aunque viva, es de todo punto platónica y se contenta de algun beso en la mano ó en la frente. Esta es la razon por la cual dura; satisfecha, se apagaría por sí misma.

—¿Estais segura de lo que adelantais, señora Leonarda? ¿es creible que vivan castamente, como decís, el uno al lado del otro en medio de la licencia de los bastidores y de los via-